

Woblo

Woblo



Cuaderno de vuelo

Seis mujeres pensando en Ayutla

AGRADECIMIENTOS

Al Ayuntamiento de San Pedro y San Pablo
Ayutla Mixe, Oaxaca.

A Yasnaya Aquilar Gil.

Al Centro Social Ayutl.

A Sabina Fugitérbula.

Coordinación editorial y edición: Julia Piastro

Portada: Mariana Bolivia

Ilustrador de colofón: Ernesto Méndez

Este conjunto de letras es resultado de taller de lectura y escritura literaria para jóvenes y adultos, realizado en San Pedro y San Pablo Ayutla Mixe, Oaxaca, en Julio de 2016. Impartido por Julia Piastro.

EL REFUGIO

Me gustan los días lluviosos. Escuchar el persistente golpeteo de las gotas en la ventana me lleva al lugar más extraordinario de mi infancia: el clóset de mi abuela. Ella lo mandó construir con la intención de hacer de él una especie de refugio para las tormentas, pues en Tuxtepec, como en cualquier lugar tropical, escuchar el retumbo de los truenos y el destello incesante de los rayos puede resultar aterrador.

Desde que lo empotraron, el clóset en la pared me pareció enorme, lleno de secretos y recuerdos a los que sólo los adultos tenían acceso. Aún recuerdo la simpleza de su forma, el tono oscuro de sus puertas y el intenso olor de alcanfor impregnando toda la habitación. Mi hermana y yo, al igual que las cucarachas, huíamos al percibir el picor del aroma que desprendía.

En uno de sus compartimentos, mi abuela guardaba bajo llave, con celo casi infantil, una cajita musical con una bailarina que casi nunca nos dejaba sacar, excepto cuando llegaba la temporada de lluvias intensas.

Entonces se volvía parte indispensable de un ritual de protección que aún me sigue acompañando.

Cuando se avecinaba una tempestad, mi abuela preparaba chocolate y nos llamaba a mi hermana y a mí para que fuéramos a tomarlo junto con ella dentro del clóset. Así escapábamos del estruendo que provocaban los rayos y el viento.

Ahí encerradas, mi abuela abría su cajita musical para que nos olvidáramos de todo lo que ocurría afuera. Aquella bebida, la suave melodía y, sobre todo, la presencia de mi abuela, eran verdaderos sorbos de calor y dulzura que nos confortaban y nos libraban de cualquier temor.

En mis propias tormentas como niña, me encerraba sola en el clóset a ver girar y girar a la bailarina de sutil cadencia, hasta que esas otras tormentas también se hubieran esfumado.

LOS ARTESANOS

Iba cayendo la noche. Fátima sentía el roce suave y la esponjosa consistencia del capullo de seda. En una jícara colocada sobre su regazo, daba vueltas al malacate para hacer un ovillo. Recordó cómo había empezado todo y cerró los ojos.

Ella provenía de una familia de artesanos que durante mucho tiempo se había dedicado al cultivo de gusanos de seda. Desde pequeña su mamá la enviaba al campo a cortar el follaje de la mora para alimentarlos, y cuando fue más grande le enseñó a lavar, hilar, teñir y tejer la hebra que producían los sorprendentes insectos.

De sus manos surgieron brillantes y delicados lienzos que su familia vendía en la ciudad. Pero a ella no le interesaba tejer; lo que en realidad la maravillaba era el lento proceso en el que invertían su vida entera aquellas larvas majestuosas.

Era tal su afán por el cuidado de los pequeños gusanos que dejó a un lado sus demás quehaceres. Harta de escuchar los constantes reproches de su familia, decidió irse de casa y empezar a trabajar sola.

Se instaló en una vieja casona de adobe y tejas que había pertenecido a su abuela y ahí emprendió la difícil tarea.

Inició con un puñado de minúsculos huevecillos. Poco a poco, éstos se fueron convirtiendo en blancos y gelatinosos artesanos destinados a tejer sin cesar la delicada fibra. Los extendía en las mesas que había en las habitaciones más grandes de la casa para darles de comer, y permanecía absorta ante el rumor, semejante a la lluvia, que hacían al masticar.

Conforme la casa se fue llenando de sus blandos acompañantes, Fátima pasaba cada vez más horas frente a los nidos, escuchando el sonido hipnótico de sus mordiscos voraces.

Cuando la encontraron, tenía un ovillo entre las manos y estaba envuelta en seda.

Flor García Velázquez

Julio 2016

UN DÍA FRÍO

Nunca había sentido tanto frío. Mis pies tocaban el suelo con los dedos desnudos. Los veía y parecían más blancos que de costumbre. En la azotea observé un punto a lo lejos; se movía con gran delicadeza, cada vez se acercaba más y pude notar que era una persona. Alguien alto, de piel clara, delgado y con un trombón en la mano. Lo reconocí perfectamente, era mi amado, venía a verme y a tocar para mí. Cada viernes por la noche nos reuníamos en el mirador para platicar un rato y compartir una fresca agua de arroz y tacos dorados. Esa era nuestra costumbre.

Voltee a ver por dónde podría estar. Escuché el rechinado de la puerta al abrirse y bajé en seguida. Lo vi con esa sudadera gris. Lo abracé con gran emoción pero él no lo hizo. No me notó, no me miró, no me habló, no tocó para mí. Al contrario. Se quedó inmóvil. Fue entonces cuando me abalancé contra él. Le dije: “¿Qué te sucede? Dilo ahora”...

Hacía un mes que las cosas no andaban bien. Mi chico había conocido a otra chica. Tuvimos problemas pero los resolvimos. “¡León!”. No respondió. Lo tomé del brazo y lo sacudí. En vez de hablarme, dio un grito. Tembloroso, sacó su teléfono. Buscó entre sus contactos el nombre de Mariana. Llamó: “Mamá, mamá, Seleny está muerta”.

Seleny Ruiz Ramírez (2000-2016)

NOCHE MIXE

Me gusta que la nube me diga

–Hasta aquí hay cerro.

Dibuja y desdibuja con límites mágicos
el espacio entre la montaña y éstos ojos.

Nos construye– destruye.

La nube se recoge, camina,
transforma, aún, la estancia más cerrada.

Y un día nos invade y nos impregna.

Y otro día sube al cielo y se reclina en silencio.

Las nubes aforan la noche en la montaña,
quietud.

Salgo de casa y el bosque me envuelve.

La noche se pasea oscura.

Me pierdo en esa negritud, dejando atrás la casa.

Los caminos se entrelazan,
un pie, el otro pie. Cimbra el suelo cada paso.

Miro arriba,
la nube se desvanece y el cielo se cae de estrellas.
En la noche todo se dispersa, punto.
Todo se concentra, punto.

NOCHE DE FIESTA

La noche ha instalado sus candelabros en todas las orillas del mundo. Se cierran los ojos de todas las aves que estuvieron aquí en la mañana. El panteón se extiende sobre un cúmulo de tierra que se desgaja con nuestros pasos. La luna se ausenta y el cerro nos regala hojitas luminosas para no perder el camino. Siete sombras caminan. De espaldas al pueblo. El rumor de la fiesta se desvanece.

El cerro abre sus brazos,

húmedo,

inmenso.

Siete cuerpos entretejen sus respiraciones,

crujen las mismas hojas...

Es música.

En medio de un cerro,

en medio de la noche.

Nuestra montaña abarcaba el mundo.

Recibir la llovizna en la altura.

Un perro mojado abría el camino.

Casa elevada, déjanos habitarte.

Y la montaña nos abrazó.

Hanlly Ruiz Ramírez

RECUERDO INOLVIDABLE

Cuando era niña recuerdo que el día de Todos los Santos en el mes de noviembre, mis papás nos llevaban al rancho de los abuelos paternos. Me daba mucho gusto cuando llegaba esa fecha porque íbamos caminando por la vereda y cruzábamos un río grande que tiene un puente de madera. Pero lo que más me gustaba era el caldo de guajolote con tamalitos de frijol que mi abuela preparaba, y por cierto que le salía muy sabroso. No podía faltar el tepache con pozole.

En una ocasión llegamos muy cansados y acalorados. La abuela nos sirvió tepache y mi hermana y yo tomamos más de lo debido. El caso es que después de un rato nos dio mucho sueño y nos acostamos afuera de la cocina debajo de una sombrita que daba una tabla en la cual descansaba el molino de mano que la abuela utilizaba.

Cuando despertamos ella dijo que el tepache nos había mareado y por eso nos había dado mucho sueño. A todos les causó risa lo sucedido. En lo sucesivo solo nos daban poco tepache, sobre todo si era antes de la comida.

Elvira Pastor Germán

MANUELA Y LOS DUENDES

Una mañana sombría y lluviosa. En un bosque destacan los pinos y el encino en sus diferentes formas y tamaños, pero apenas perceptibles por la espesura de la neblina. Olor a hierba y madera mojada. Se deja entrever la casa de Manuela, con paredes de adobe intercaladas con troncos gruesos y pegados con una mezcla de tierra; techo de hojas de pino tejido por las manos de su padre y sostenido por vigas de madera; piso de tierra recién barrido. En la cocina, café hirviendo en el fogón, tortillas acabadas de bajar del comal, y frijoles de olla, cosechados en el terreno donde el cultivo es tan hermoso que deja al descubierto la generosidad de la madre naturaleza.

Reunida la familia en la cocina de leña, se disponen a tomar los sagrados alimentos para después salir a realizar sus actividades cotidianas.

Al terminar, Manuela reúne su rebaño de borregos y cabras, para llevarlos a pastar acompañada de dos de sus hermanos. Antes de salir, Antonia, su madre, se asegura de que Manuela lleve la bolsa de manta que ella le hizo.

Así pues, se encaminan por la vereda ya bien marcada por las andanzas diarias, y se pierden entre la bruma. Sólo se alcanzan a escuchar las pisadas, las risas y los murmullos de Manuela y sus hermanos. Caminan entre hojas mojadas y musgo. Después de un rato, comienza a soplar un viento poco habitual, suave y adormecedor. Sin percatarse, se desvían de su sendero. Al encontrar un ambiente diferente y desconocido, sus miradas infantiles se percatan de su extravío. Recuerdan la advertencia de su madre: “Estén alerta porque los duendes del viento están esperando niños distraídos para perderlos en el bosque.”

Manuela, siendo la hermana mayor, trató de calmar a sus hermanos. Pero el miedo era más grande que ellos. De pronto se vieron rodeados de muchos niños con mirada malvada, que los empujaron de un lado a otro hasta que los tres cayeron al suelo.

CONTINUARÁ....

María Concepción López A.



Este cuadernillo fue impreso en la
papelería E'px yutp
Por la señora Lourdes, en San Pedro y
San Pablo Ayutla Mixe, Oaxaca.
Julio 2016
Con un tiraje de 15 ejemplares.

